

VEN CONMIGO AL AMAZONAS

Relatos de los niños indígenas del Amazonas

AMPARO FORERO RAMOS Y NIVIA CRISTINA GARZÓN

Quienes estamos dedicados al estudio de las culturas indígenas acostubrarnos recurrir a la pintura, hecha por los entrevistados, para acceder a una información que nos entrega de forma confiable un enorme número de datos sobre muy diversos factores, ya no sólo acerca del contenido mismo de la cosmovisión del informante sino de los aspectos estrictamente formales de la misma.

Pero esto que es práctica frecuente no pasa de convertirse en un simple recurso metodológico; da buenos réditos para la investigación en cuestión, en cuanto datos, e incluso en cuanto material "decorativo" de una publicación, tal el caso de cuando las ilustraciones se dan sin el debido análisis. Desde luego su sola presentación ya es útil pues suministra a otros estudiosos información de primera mano.

En el caso de las autoras del presente volumen (la psicóloga Amparo Forero y la antropóloga y bióloga Nivia Cristina Garzón) la intención trasciende el simple interés científico para dar paso a una obra (en modo alguno un "ensayo" como lo pretenden en la introducción) la cual llena una finalidad que se está tomando indispensable en Colombia: la actividad divulgativa de imprimir libros con destino a la infancia, en orden a aproximar a esta franja estratégica de lectores potenciales información asequible sobre dos de los factores más controvertidos del país: el ecológico y el de las culturas indígenas.

Muchas personas piensan que lo pintado y escrito por los niños indígenas puede ser un buen camino para lograr esta aproximación. Es aquí donde se requieren algunas precisiones acerca de la conveniencia de este tipo de productos.

Ya hemos dicho que como documento son de enorme utilidad para los investigadores de las culturas indígenas quienes, por lo general dejan de

lado el estudio de la cosmovisión infantil, la cual resulta un excelente espejo para reflejar no las pautas ideales de una cultura —cosa propia de los adultos que son los encuestados habitualmente— sino la más desprevenida concreción cotidiana.

En forma corriente se entiende como "literatura infantil" aquel conjunto de obras elaboradas expresamente para ser leídas por esa gente menor en años y mayor en imaginación y preguntas. No obstante, en estricto sentido, la literatura infantil sería aquella elaborada por niños. Viene de inmediato la cuestión de la propiedad de llamar "literatura" a este tipo de creaciones surgidas aparentemente de una gran espontaneidad, libre de la sujeción a normas y escuelas coyunturales, pero nunca emancipada del todo ya que los condicionamientos estructurales vienen dados de manera ineludible por la cultura respectiva, siendo esta la gran utilidad de tal tipo de creaciones ("espontáneas") para el estudioso de las culturas.

Entra en esta polémica el hecho de cómo los niños y jóvenes son las presas comunes del esnobismo —algo que se da en todas las sociedades— lo que permite visualizar en su hacer recreador, más que en el de los adultos, las prácticas habituales, y las fisuras de la tradición por donde penetra lo foráneo obligando a la permanente reelaboración cosmovisional.

La "literatura" elaborada por niños ha tenido como destino a los adultos, y por no ser literatura en el sentido estricto no puede calificarse ni de buena ni de mala. Igual ocurre con la plástica; de ahí que en los concursos de "pintura infantil" lo único que quizás se pueda "premiar" sea la constancia, que es una virtud horrorosamente adulta. Desde hace unos años se pretende que esta "literatura" también vaya dirigida a los párvulos, presumiendo

que la información detentada por un niño puede llegar mejor a los otros miembros de su franja generacional.

En el enredijo de opiniones sobre el asunto se destacan con nitidez dos prejuicios: el de creer que las obras para infantes deban lindar con la obviedad "para que puedan comprenderlas", y, el otro, el de pensar que las creaciones de los niños resultan sencillas y obvias. Los dos son trasunto fiel de aquella idea que trata de encasillar a los niños como subadultos, achacándoles las no virtudes de los mayores que, desde luego, no equivalen a sus defectos.

Siguiendo estos muy discutibles y deleznable principios se produce en el país y en el mundo un género de literatura perfectamente idiota, hecha por adultos convencidos de que los niños tienen su mismo nivel de simpleza. En Colombia, así como es de frecuente dedicar los maestros más ignorantes de un plantel a enseñar a los estudiantes más jóvenes, encontramos de modo paralelo que un buen número de obras pretendidamente literarias elaboradas con destino a los niños, no son de la mejor factura; entre otras razones por la enorme dificultad que conlleva escribir para los niños, bien, desde luego. De los varios géneros (¿?) este es el que requiere de mayor talento; y es bien sabido que esto último no abunda. Repechar esta colina ha dejado muchos muertos. La literatura más conveniente para niños es simplemente la mejor.

La obra en cuestión es un ensamblaje de pinturas y relatos hechos por varios niños indígenas de la región de Aracacura (curso medio del río Caquetá), cuyas edades oscilan entre los 6 y los 14 años (exceptuando el prólogo dictado por el gran Sabedor Uitoto, Vicente Makuritofe). La ausencia de cualquier tipo de análisis a los materiales consignados, parece poner de manifiesto la intención de ofrecer la obra para constituirla más como lectura para niños que como publicación etnográfica para adultos. El propósito viene reforzado por el título, convertido en invitación formulada por los niños

amazónicos a los niños de la cultura dominante para adentrarse de la mano en su maravilloso mundo. Sabemos, por haber estado un poco al tanto en la larga génesis de la obra, que esta fue la intención. En definitiva, el resultado es más un precioso documento etnográfico que una obra literaria. De tomarse de esta última manera no sería posible defenderla, tanto más si se tiene en cuenta que el castellano es la segunda lengua de los muchachos que aquí escriben.

Vista sin esta pretensión la obra es una verdadera delicia. La frescura de la narración hace olvidar ciertas deficiencias de forma, que hubieran podido corregirse sin perjuicio del sabor, sobre todo teniendo en cuenta los destinatarios. Las pinturas, distribuidas y utilizadas con gran maestría por parte de la diseñadora, no son en modo alguno un complemento decorativo sino parte integral del relato que desfila en palabra e imagen sumiéndonos en ese mundo espléndido de la infancia indígena amazónica que apenas comienza a ser contaminado por el consumismo. Desde luego no todos los niños indígenas de Colombia pueden pintar un mundo tan amable como éste. Seguramente si solicitásemos a los muchachos indios que viven en la ciudad de Arauca—capital de una de las regiones más opulentas de Colombia y, desde luego, con una de las clases dirigentes más corruptas en el manejo de los dineros oficiales— los veríamos tomar como motivo las canecas de basura donde escarban con sus madres para recoger el alimento cotidiano.

Abundar en obras como esta conviene en un país donde nuestros niños (los pocos que logran escaparse un tanto del sumidero de una programación televisiva digitada por mercachifles) tienen pocas oportunidades para asomarse a ese mundo prístino de la Amazonia, hábitat de algunas de las culturas que más tienen que decirle al despilfarrador hombre de la sociedad de consumo.

Fernando Urbina

Profesor Universidad Nacional de Colombia